

conferencia

C 77/LIM/3
Noviembre 1977

ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA AGRICULTURA Y LA ALIMENTACION ROMA

S

19º período de sesiones

Roma, 12 noviembre - 1 diciembre 1977

DECIMA DISERTACION BIENAL EN MEMORIA DE FRANK L. MCDOUGALL

por

El Excmo. Señor H.E. Andrew Young
Embajador Extraordinario y Plenipotenciario y Representante Permanente
de los Estados Unidos de América ante las Naciones Unidas

Roma, 14 noviembre 1977

Es para mí un honor haber sido invitado a pronunciar esta décima disertación en memoria de Frank L. McDougall de Australia, que tanto contribuyó a la creación de este maravilloso brazo agrícola del Sistema de las Naciones Unidas. Aunque no he tenido el privilegio de conocerle, sé que las características fundamentales de Frank McDougall eran la inspiración, la imaginación y la decisión. Se oye decir con frecuencia que nuestro planeta anda escasísimo de personas como McDougall, pero no creo que ello sea cierto. Muchas otras personas, en otras partes del mundo, tienen la visión y las aspiraciones de ese noble australiano y espero y pido que tengan también su determinación.

Ustedes, Señores Ministros, los funcionarios de la Secretaría y los representantes de otros organismos pueden seguir el ejemplo de Frank McDougall suscitando nuevos enfoques entre sus colegas, no aceptando sino lo mejor en cada caso y asegurando que en todo lo que hagamos o propongamos en un sector tan crítico como éste de la agricultura tengamos plenamente en cuenta la dignidad del hombre y los derechos que le ha concedido nuestro creador.

América está profundamente enraizada en la agricultura. Nuestra grandeza, nuestros fracasos, nuestras alegrías y nuestras penas derivan en gran medida de esas raíces. Thomas Jefferson era un demócrata, un humanista y un agricultor. Su función en el nacimiento de nuestro país y en la Declaración de los Derechos Humanos se debe a su origen agrícola y a su manera de pensar, también agrícola. Los agricultores han desempeñado una función vital en la expansión de nuestras fronteras hacia el oeste. Su decisión, su valor y su individualismo nacen de su identificación con la tierra y su amor por ella. La dedicación de los Estados Unidos a los Derechos Humanos y a la libertad individual debe mucho a esos agricultores pioneros.

Nuestro desarrollo económico en el pasado y nuestra prosperidad actual se basan en gran parte en la abundancia de nuestra producción agrícola. Aunque sólo una minúscula fracción de nuestra mano de obra se dedica a la agricultura, buena parte de nuestra capacidad de producción industrial y de nuestras posibilidades de exportación dejarían de existir sin ella.

Tenemos la fortuna de que el Presidente de los Estados Unidos sea un agricultor. Sus tierras no las explotaba una corporación: era una hacienda familiar. Sus manos y sus pies conocen bien el polvo rojo de las tierras arcillosas del Estado de Georgia. Bob Bergland, nuestro Secretario de Agricultura, es también un agricultor, no un agrónomo, un burócrata o un ejecutivo agroindustrial, sino un agricultor, elegido por otros agricultores para que los represente en el Congreso de los Estados Unidos, designado luego Secretario de Agricultura por el Presidente. Buena parte de la esperanza que tengo puesta en esta Organización, de nuestras relaciones con ella y de la misión que hemos aceptado de poner fin al hambre en el mundo se debe a la confianza que los agricultores que dirigen nuestro país me inspiran.

Nuestro origen y nuestras ideas, nuestros dirigentes y nuestro pueblo hacen de los Estados Unidos un enérgico sostenedor del desarrollo agrícola. Creemos que la cooperación internacional es necesaria para resolver los problemas mundiales de alimentación, nutrición y agricultura.

Pero sabemos también perfectamente que en agricultura pueden cometerse graves errores. Procediendo como procedo del sur de los Estados Unidos soy dolorosamente consciente de que la organización del sistema agrícola puede convertirse en un instrumento de represión y esclavitud humana. El sistema colonial de explotación agrícola en el sur de nuestro país se basaba en el empleo de mano de obra barata: los esclavos. Incluso después de la guerra civil han perdurado muchos elementos de ese sistema. El odio a la tierra sigue contribuyendo a la esclavitud de mi pueblo que, habiéndose divorciado del suelo, se encuentra ahora nuevamente esclavo en la América urbana.

La industrialización ha transformado el sur, su mano de obra, su estructura económica y su organización social. La industrialización ha arrancado a los campesinos pobres - blancos y negros - de la tierra, de la que apenas podían extraer lo necesario para subsistir. La industrialización ha generado una demanda de mano de obra especializada y bien preparada. No era posible seguir teniendo oprimidos a los negros del sur para aumentar los beneficios de los terratenientes ausentes. Tenían que prepararse, capacitarse y enorgullecerse de sí mismos para poder participar en el proceso de industrialización.

La experiencia del sur de los Estados Unidos nos ha enseñado algo. El desarrollo agrícola sólo puede tener éxito a largo plazo si el derecho a la tierra y la organización social que sostiene la producción y distribución agrícola son justos y equitativos.

Hemos de reorientar nuestro pensamiento hacia la tierra y las necesidades de quienes la cultivan. Los agricultores necesitan un aliciente. El trabajo ha de ser rentable y la vida, soportable. Para que los agricultores encuentren atrayente la vida en las zonas rurales, es necesario que los dirigentes adopten políticas que hagan esas zonas invitantes y se esfuercen por que el ambiente rural, en su totalidad, presente condiciones satisfactorias. La opinión pública puede empujar en esa dirección. Muchos americanos están hoy convencidos de que la mejor manera de influir en la política nacional es controlar la comunidad inmediata en que viven. Otros regresan a la tierra, buscando en ella una forma mejor de vida.

Nuestra experiencia nos ha enseñado también que muchos de nuestros problemas urbanos son de origen rural; así sucede, por ejemplo, cuando la administración pública se despreocupa de la agricultura hasta el punto de que los campesinos abandonan la tierra y van a las ciudades en busca de una vida mejor. Pero en las ciudades la vida no es siempre mejor.

Los alimentos son y han sido siempre un elemento capital de la política de mi país, como creo que han sido y siguen siéndolo en el de cada uno de ustedes. ¡Cuántas veces los dirigentes políticos, para evitar violencias y disturbios habrían hecho mejor en llenar los graneros que en llenar los arsenales!

Los alimentos y el hambre son ahora un elemento importante del debate internacional entre los llamados norte y sur. En el pasado, monarcas, presidentes, primeros ministros y generales han subido al poder o han caído según las fluctuaciones de los precios de los alimentos básicos. El hambre no tiene patria; viola las fronteras, desencadena migraciones, convierte en enemigos a ciudadanos leales. Se dice que el hambre es problema de los pobres, pero los pobres hambrientos, con su hambre y su frustración, pueden tirar hacia abajo de los ricos y los poderosos.

Alimentarse es un derecho, un derecho político. Nuestra posición como líderes depende de que seamos capaces de garantizar ese derecho. Muchos de nosotros comenzamos nuestra carrera con el cinturón bien apretado y llenos de buenas intenciones. Ahora somos parte de un grupo privilegiado, que se reúne en torno a las bien surtidas mesas de la diplomacia internacional. Es necesario, pues, que estemos alerta: a nuestro alrededor, en mi propio país, en otros países, hay hambre y desnutrición que puede echarse sobre nosotros sin que nos demos cuenta.

He crecido en la tradición de las luchas por los derechos civiles para afirmar los derechos populares. En el movimiento de los derechos civiles en los Estados Unidos, solíamos preguntarnos: "¿De qué sirve tener derecho a comer en una cafetería integrada, si no puedes pagar la cuenta?". Sabíamos que teníamos que acabar con la segregación en los locales públicos, pero sabíamos también que teníamos que afrontar las barreras económicas que se oponen a la universalización de los derechos humanos.

¿Qué derecho puede ser más fundamental que el derecho a alimentarse? Es sin duda anterior a todos los demás derechos humanos, ya que sin alimentación no hay humanidad, ni corporal ni espiritual. El hambre, además de socavar la vitalidad, constituye una violación de la dignidad humana.

Aunque muchos de nosotros vivimos en la abundancia, sabemos perfectamente cuán difundido está el hambre. En Africa, en la región del Sahel, en este mismo momento, las lluvias y las cosechas son inciertas y la situación se hace más amenazadora de día en día. También en los Estados Unidos se han registrado graves sequías en la parte occidental y meridional del país. En otras partes del mundo, los agricultores, víctimas de calamidades naturales o políticas, no siembran. Aunque la mayoría de los graneros del mundo están hoy rebosantes, pueden no estarlo el día de mañana. Y, aun en medio de la abundancia, las sequías y el hambre siguen con nosotros. Los expertos nos dicen que, según cálculos razonables, el número de desnutridos en nuestro mundo de hoy asciende a 500 millones de personas. Sabemos que muchos gobiernos se encuentran en graves dificultades para conseguir el dinero necesario para costear las importaciones de alimentos que tanto necesitan.

Hoy, en una época de relativa abundancia, es esencial esforzarse por garantizar a la población de todo el mundo el derecho a alimentarse. Ha llegado el momento de hacer balance y preparar planes para combatir el hambre en el futuro.

En los últimos años se han invertido miles de millones en ayuda alimentaria; pero esta ayuda pone fin sólo al hambre de hoy, no hace nada para el futuro. El objetivo final ha de ser conseguir una seguridad alimentaria total. Tenemos la obligación de preparar medidas preventivas en la esfera del mercadeo y la producción, que acaben con la necesidad de vaciar los graneros en situaciones de urgencia, y ayudar a la gente a encontrar la manera de poder atender a su propia alimentación.

El hambre es, ante todo, un problema de los pobres y los inermes. Los ricos, de una forma u otra, se las arreglan para conseguir bastante que comer. No son los alimentos el único problema de los nómadas del Sahel, de quienes duermen por el suelo en las calles atestadas de Calcuta, o de los hambrientos de Haití. La pobreza es un complejo de privaciones, una de las cuales es el hambre. Pero, de todas las desgracias que afligen a nuestro planeta, es evidente que es esta del hambre la que hay que resolver con mayor urgencia.

A la hora de producir alimentos, nuestros antepasados estaban, más que nosotros, a merced de las calamidades naturales: sequía, pestilencia, inundaciones y enfermedades. Hoy disponemos de muchas técnicas para resolver los problemas del mundo, el hambre y la malnutrición. Hoy, el hambre no es inevitable. El mundo puede producir alimentos suficientes para todos, en un futuro que aún podremos ver, gracias a los progresos que se han hecho a lo largo de los siglos, incluido el arado. Pero la producción no es más que una cara de la medalla. Al otro lado está la distribución. ¿Quién aumentará su producción, y en beneficio de quién? ¿Por qué están tan desigualmente distribuidos los alimentos?

Al atacar al problema del hambre y de la pobreza, hemos de prestar atención al campesino pobre. Una forma de ayudarlo es aumentar su autosuficiencia. Son muchas las zonas rurales que no disponen de dinero para importar alimentos, y cuyos habitantes viven en tierras marginales y en ambientes frágiles. Por diversas razones no pueden cultivar bastantes alimentos, obtener agua suficiente, y sembrar tierras bastantes para subsistir. El proverbio chino dice: "Bien está dar pescado a quien tiene hambre, pero mejor aún es enseñarle a pescar".

Pero, la autosuficiencia no es más que una parte de la solución del problema. Desde el punto de vista de los alimentos, el mundo es interdependiente. Nuestra labor común - organizar esa interdependencia equitativamente - no está aún terminada. Muchas personas se sienten impotentes e irritadas ante las fluctuaciones de los precios mundiales de los alimentos, los defectos del sistema actual de reservas de cereales, los caprichos del mercadeo, las dificultades que se encuentran para crear reservas de cereales y la escasez de capital para inversiones. Incluso las reservas mínimas globales de alimentos para casos de emergencia están lejos, en opinión de muchos, de ser suficientes. Los países pobres esperan de los ricos que multipliquen realmente sus esfuerzos.

Hemos de realizar con renovado esfuerzo, en nuestros países, las reformas agrarias necesarias para alimentar a los pobres. Será necesario hacer difíciles opciones políticas. Habremos de terminar con las políticas de tenencia de tierras que se traducen en una distribución poco equitativa de sus frutos y restan eficacia a la producción; con los sistemas de crédito que benefician a los agricultores ricos y no tienen en cuenta a los pequeños y medianos; con las políticas de precios que impiden a los pequeños agricultores obtener por sus productos un rendimiento equitativo o hacen gravar sobre ellos una carga fiscal desproporcionada; con las políticas de distribución que impiden la libre afluencia de alimentos vitales de las zonas donde abundan a las necesitadas, incluso en situaciones de hambre; y con las políticas demográficas que no conceden a los cónyuges el derecho a determinar el número de sus hijos y el espaciamiento entre los nacimientos.

Es claro que toca a cada país hacer lo necesario para aplicar escrupulosamente políticas encaminadas a ayudar a los pobres a satisfacer su derecho a alimentarse. Pero la comunidad de naciones tiene la responsabilidad colectiva de cooperar por mejorar el clima internacional en orden a conseguir una mayor eficiencia en la producción y distribución y eliminar el hambre y la pobreza:

Aumentando sustancial y eficazmente las transferencias de recursos destinadas a resolver los problemas del hambre y la malnutrición;

Acelerando la transferencia de tecnología y conocimientos técnicos, cuidadosamente adaptados a las circunstancias locales;

Mejorando el mercado internacional de alimentos, reduciendo los ciclos de escasez y abundancia, de precios altos que sustraen el alimento de la boca de los hambrientos y de precios bajos que arruinan financieramente a los agricultores y les imposibilita el acceso al crédito.

Los países ricos no han hecho, ni mucho menos, lo que pueden para ayudar a sus vecinos más pobres con transferencias de recursos y asistencia tecnológica. Los gobiernos están apoyados, dentro de sus fronteras, por electores que a menudo desconocen los problemas de otros países o no se preocupan por ellos. Los impuestos son siempre demasiado altos, y hay poco interés por utilizarlos en proyectos cuyos beneficios, en el mejor de los casos, son remotos e indirectos. La conservación de los recursos está bien para los demás, pero no para uno si entraña un cambio del propio estilo y patrón de vida. Abundan aún el proteccionismo, la subvención de sistemas ineficientes de producción y las prácticas comerciales desleales. Pero si queremos poner remedio a la pobreza en general y a la mala distribución de la riqueza mundial, hemos de tener el valor y la inteligencia de aceptar un cambio, no porque ello no entrañe dificultades, sino porque estamos convencidos de que es fundamentalmente justo.

Los países productores exportadores de alimentos tienen la obligación especial de contribuir a organizar más eficaz y establemente los mercados de alimentos, utilizar con prudencia los alimentos de que disponen en beneficio de la comunidad internacional, contribuir a la creación de un sistema internacional eficaz de reservas de alimentos y difundir sus conocimientos en materia de producción para aumentar la seguridad alimentaria de todo el mundo.

A pesar de todo lo que hacen los países exportadores de productos agrícolas, seguirá sin haber verdadera independencia y libertad, de no existir un programa bien trazado de desarrollo rural. Nuestra labor no es sólo alimentar a los hambrientos, sino hacerles participar en la producción. Los problemas de migraciones hacia las ciudades, desempleo y distribución de ingresos que afligen, en una forma u otra a todos los países del mundo, se agravan por el hecho de la dependencia alimentaria. El desarrollo rural puede ser un elemento clave para la producción de alimentos y para conseguir en nuestros países una mayor estabilidad, con nuevas estructuras de desarrollo.

En este decenio, los planes de desarrollo de muchos países han sufrido un duro revés de resultados del aumento de los precios de petróleo. Muchos países han conocido el hambre. Hemos prestado excesiva atención al petróleo y no bastante a la agricultura. Explotada adecuadamente, la tierra constituye un recurso inagotable, no finito como el petróleo. Renovándose en cada temporada de siembra, la tierra puede protegernos contra los peores espectros de la necesidad. Toca a nosotros, la comunidad internacional de naciones, comportarnos de manera responsable, utilizando nuestros recursos bien y con eficacia en beneficio de todos.

A Roma se la llama la ciudad eterna. Es también la ciudad de nuestro sustento. La Organización para la Agricultura y la Alimentación, asentada aquí, en Roma, ha constituido una fuerza vital para la cooperación internacional en el sector de la agricultura desde 1945, y merece nuestro pleno apoyo y estrecha atención. Es una Organización nuestra y tenemos la responsabilidad de hacer de ella una fuerza cada vez más eficaz en el sector agrícola mundial. El Programa Mundial de Alimentos NU/FAO representa un cauce de ayuda alimentaria cada vez más importante. El concepto de alimentos por trabajo, introducido por el PMA, puede convertirse en un instrumento cada vez más eficaz de desarrollo.

Para que la producción de alimentos sea una fuerza impulsora del desarrollo, que contribuya a una estrategia de desarrollo rural basada en la agricultura, es necesaria la participación de todos los organismos internacionales de desarrollo.

Las carreteras y la infraestructura de la mayor parte del mundo en desarrollo son parte del sistema colonial de explotación. No están pensadas para contribuir al desarrollo de los nacionales, sino que contribuyen a mantener al pueblo en condiciones de esclavitud. Para transformar esta situación, es necesario que las carreteras secundarias fomentadas por el PNUD, las disponibilidades de crédito estructuradas por medio del FIDA y el Banco Mundial, los fertilizantes, los sistemas de riego y el desarrollo de industrias rurales se realicen de forma concertada.

La coordinación burocrática puede significar también la muerte del desarrollo. Puede ocurrir que nos preocupemos tanto de proteger nuestros intereses creados de tipo burocrático, que no hagamos llegar nunca al pueblo los recursos que tan desesperadamente necesita. Existe entre la coordinación y la competencia creativa un equilibrio delicado que debemos encontrar. Creo que la razón principal por la que he sido invitado a pronunciar esta conferencia es que existe entre el Director General y yo cierta afinidad con respecto a este problema, en tanto que ambos deseamos suscitar una controversia que sirva de alguna forma para desembarazarnos, sacudir el letargo burocrático y conseguir que se realice la tarea. Todos los países del mundo están luchando sin éxito contra la burocracia. Tanto en el este o en el oeste, como en el norte o en el sur nos encontramos con que somos nosotros mismos nuestros peores enemigos.

Uno de los mecanismos que ha surgido como una forma original de resolver los problemas de la burocracia es la utilización de voluntarios. Me agrada la idea de movilizar voluntarios nacionales, regionales y quizá incluso internacionales para la producción de alimentos, como fórmula para ayudar a los países de menor desarrollo agrícola del mundo. La idea consistiría en integrar los aspectos más selectos de los servicios voluntarios con las mejores teorías para promover una productividad agrícola eficiente y barata y la cooperación técnica entre los países en desarrollo. La eficiencia técnica es tan importante como el servicio voluntario y el modo mejor de organizarla es insistir tanto en el progreso humano como en el técnico.

Los voluntarios poseen muchas virtudes: se entregan con dedicación plena; no constituyen una nueva burocracia dado su carácter temporal, pero para ser eficaces, deben estar bien formados.

En cuanto a los servicios técnicos, contamos dentro del mismo Sistema de las Naciones Unidas con un apoyo considerable. Es más, dado que el objetivo es la autodependencia, y no las exportaciones, las mejoras de la situación de los campesinos deben lograrse a bajo costo.

Un cuerpo de voluntarios es útil donde es imposible aplicar las costosas técnicas de mecanización de las grandes explotaciones agrícolas. Aun cuando se disponga de fondos, las técnicas de mecanización tienen sus límites, sobre todo en medios frágiles donde la mayoría de la gente es muy vulnerable al hambre. En tales condiciones, cambios incluso pequeños de las condiciones meteorológicas o del aprovechamiento de la tierra pueden ocasionar catástrofes. La intervención masiva de la mecanización puede, incluso, producir grandes desperdicios, como ocurrió en el catastrófico plan del maní o cacahuete en Tanzania antes de la independencia.

Un cuerpo de voluntarios nacionales, regionales e internacionales para la alimentación promovería pequeñas mejoras que resolverían en parte los problemas del uso excesivo o ruinoso de la tierra, cultivos o especies de ganado de poco rendimiento, erosión, quemadas de pastos, suministros insuficientes de agua y deforestación. Parte de ellos podrían especializarse en las necesidades de la mujer rural, que contribuyen, por lo menos, a la mitad de la producción de alimentos de subsistencia en el mundo en desarrollo. Los voluntarios deben tener conocimientos no sólo sobre los distintos sistemas agrícolas, sino también sobre los distintos tipos de sociedad. El desarrollo agrícola de los campesinos exige una gran sensibilidad para percibir las relaciones sociales locales.

La agricultura requiere tiempo y constancia. Al retirarse los voluntarios extranjeros y hacerse cargo los nacionales, es importante mantener servicios técnicos de apoyo durante

algunos años. Son harto frecuentes las mejoras logradas en aldeas que se han ido esfumando por falta de apoyo técnico durante un período transitorio razonable. Los voluntarios de la alimentación deberán asumir sus funciones en el contexto de un plan nacional, siguiendo un proceso que podría incluir también el diálogo con donantes de capital. Si desde un principio los voluntarios internacionales, regionales y nacionales pasan juntos un período de formación, los servicios nacionales en materia de agricultura, enseñanza, investigación y extensión tendrán más consistencia. La mayor parte posible de los voluntarios extranjeros deberá proceder de países en desarrollo.

Cabe esperar de los voluntarios que echen mano al arado, la bomba de riego o la rueda. Sin embargo, su tarea principal es estimular a los campesinos a incrementar su producción y autosuficiencia, formando así parte de una cadena continua de enseñanza agrícola práctica.

Esta idea de los voluntarios de la alimentación se concibe como complemento de las actuales estructuras internacionales de desarrollo. Dado que toda planificación organizativa debe hacerse colectivamente, me limito a presentar el concepto a grandes rasgos; indudablemente no habrá de encuadrarse en el actual sistema internacional y beneficiarse de los actuales servicios nacionales.

El concepto de un cuerpo de voluntarios de la alimentación no es sino un paso entre tantos en nuestra lucha contra el hambre y la malnutrición. ¿Quién no se ofrecería como voluntario para esta causa? Indudablemente, no puede dar respuesta a todos nuestros problemas. No existe una simple respuesta única al problema de la seguridad alimentaria. La elaboración de este concepto puede revitalizar nuestro diálogo, darnos fuerzas para resolver conflictos existentes entre nosotros mismos y renovar nuestra dedicación a la tarea de aliviar el hambre del mundo.

Este año he tenido la gran fortuna de viajar por varios países de Africa y el Caribe. En Jamaica, encontré gente que decía: “¿Por qué un país pobre, con buenas tierras, debe importar alimentos?”. En Guyana, me impresionaron las aldeas cooperativas que visité, y los centros urbanos donde las autoridades dan tierra a la gente y fomentan la agricultura.

Quizás las lecciones más impresionantes las aprendí en Costa Rica y Costa de Marfil. Pese a que ambos países disponen de recursos minerales sumamente limitados, su desarrollo agrícola ha sido la clave de todo su desarrollo industrial y progreso social.

Continúa habiendo muchos problemas. Sin embargo, la autosuficiencia alimentaria de estos países es la base no sólo de sus posibilidades de exportar y adquirir divisas, sino también de lograr un nuevo desarrollo social y la libertad política. De esta forma, incluso en épocas malas, los desocupados de los centros urbanos pueden continuar subsistiendo a base de sus propias cosechas.

Nuestro pasado nos diferencia de muchas formas y tenemos muchos puntos de vista diferentes. Pero, como ha dicho Julios Nyerere, “las naciones deben tener el coraje de hablar de sus diferencias y tienen que aferrarse fuertemente a los principios de nuestra humanidad común”.

Lo que el hombre necesita fundamentalmente es un cestillo lleno de pan, un cuenco de arroz o mijo, y los nutrientes equilibradores de hortalizas, proteínas, fruta y leche. Como objetivo más ambicioso nos proponemos crear un sistema mundial de alimentación, suficientemente integrado para satisfacer las necesidades de todos y cada uno en lo que respecta a nuevas condiciones agrícolas, y, además, aumentar la producción total de alimentos en términos absolutos, de forma que haya bastante para todo el mundo. Jamás en la historia estas metas han estado tan a nuestro alcance ni han sido tan necesarias para la sobrevivencia de todos nosotros. La seguridad alimentaria no significa solamente pan para el hambriento, es en cierto modo una garantía de paz para el mundo.

Las pautas de cooperación agrícola y económica que permiten concertar un acuerdo sobre el azúcar o crear un fondo común, contribuyen también a la interdependencia y comprensión mutuas que limitan los riesgos de la muerte por hambre, la destrucción militar y las contiendas

civiles. No hay tarea más urgente que la de "hacer de sus espadas rejas de arado y de sus lanzas, hoces". Los misiles y bombarderos más sofisticados y modernos no pueden ofrecer ni con mucho la seguridad nacional que garantizan una buena cosecha y agricultores bien alimentados, bien instruidos y productivos. Todas nuestras ciudades estallan de ansiedad y descontento, mientras que timentan las oportunidades que ofrece el campo de paz y prosperidad.

Podemos realizar estos objetivos en nuestro tiempo. Los estudiantes americanos han empezado a centrar sus esfuerzos en terminar con el hambre en el mundo para 1985. El poder creativo de la juventud fue en nuestro país el arma que combatió con éxito el racismo y la discriminación en los años 60 y puso fin a nuestra participación en el Viet Nam en los años 70. Es indudable que la juventud mundial, con nuestra ayuda, puede terminar con el hambre del mundo en los años 80.

Si pudiéramos realizar este sueño, no sería demasiado utópico creer que la auténtica seguridad alimentaria para los pueblos y naciones de este planeta puede convertirse en realidad antes de que termine este siglo.